

Martínez Estrada entre la utopía y el nihilismo

José Amícola

Cuando Ezequiel Martínez Estrada se inicia en el género ensayístico en 1933 con su obra capital, titulada *Radiografía de la pampa*, en el medio intelectual del momento es imposible sustraerse al magnetismo de la tradición sarmientina y la dicotomía maniqueísta que una obra inclasificable genéricamente como *Facundo* de 1845 había lanzado a los cuatro vientos con su casi grito de ataque de «civilización o barbarie». Martínez Estrada responde, en efecto, al reto de Sarmiento, pero, al mismo tiempo, no deja de ponerlo en entredicho con la mejor batería del revisionismo histórico. En rigor, Martínez Estrada se está colocando en un lugar excéntrico para juzgar los acontecimientos sociales como lo haría pocos años después, en 1940, Walter Benjamin, para quien no habría un documento de cultura que no fuera, al mismo tiempo, un documento de barbarie¹.

El ensayo de 1933 debe entenderse, entonces, como la respuesta, en un momento de sazón, a una tradición de casi un siglo de reflexión rioplatense sobre la condición del ser nacional, pero que termina siendo también de reflexión sobre qué significa ser sudamericano, frente al perfil que empieza a dar de sí Estados Unidos. La lucha por apartarse de la dicotomía simplista que manejó el siglo XIX y que terminó por ser la piedra de toque del positivismo triunfante lo lleva a Martínez Estrada a un acercamiento a los modelos opuestos que se enseñoreaban en el pensamiento europeo por los años de la escritura de su ensayo y que también se encontrarán en otros latinoamericanos, como Alfonso Reyes²: la hermenéutica de la sospecha de cuño nietzscheano, impregnada con el pesimismo de Spengler y, tempranamente relacionada con esta postura, una visión dialéctica de los procesos históricos que irán tomando cuerpo en una posibilidad de entronque con el marxismo, se-

¹ «Über den Begriff der Geschichte», *Tesis VII, Gesammelte Schriften, Frankfurt, Suhrkamp*, 1,2, p. 696.

² Véase: Rosalie Sitman, Victoria Ocampo y Sur: entre Europa y América, *Buenos Aires, Universidad de Tel Aviv/Lumière*, 2003, p. 161.

gún aparece revisado en la sociología de Max Weber, además de otros filósofos alemanes como Georg Simmel³. Sin embargo, queda un vestigio en el texto del romanticismo herderiano sobre los tipos humanos relacionados con el paisaje, así como la idea humboldtiana de la pampa similar al mar⁴.

Martínez Estrada no hace, por cierto, el canto a la tierra de las vacas y las mieses al estilo de la autocomplaciente emanación laudatoria de las fiestas del centenario hacia 1910, sino que, preocupado por la búsqueda de las razones económicas del atraso rioplatense, pone sobre el tapete, al modo del Scalabrini Ortiz más duro, la cuestión de los proyectos ferroviarios diseñados por Inglaterra a su conveniencia o los préstamos leoninos de la banca inglesa, para completar su idea con la metáfora de que las líneas de comunicación trazadas por los intereses ajenos se unen en la metrópolis del Río de la Plata como las patas de una araña atada a un cuerpo que luego llamará una cabeza de Goliath, una figura de estilo que está lejos de ser celebratoria. Esto es eco evidente de la crisis económica del año 30 que llevaría al vergonzoso acuerdo del gobierno argentino de brindar a Inglaterra todas las facilidades posibles para paliar la situación de la venta de carnes bajo el «Tratado Roca-Runciman» de 1932. Que la crisis de la pampa exportadora arrojará justamente a la reflexión de qué hay debajo de la piel pampeana, como indica el título del libro de Martínez Estrada, no significa más que ahora ya no se echa la culpa de la supuesta falta de cohesión nacional a la llegada masiva de los inmigrantes europeos, sino que las propias formaciones sociales de la Cuenca del Plata son responsables del destino general de las naciones que la integran.

Por ello, el autor de *Radiografía de la pampa* entra en diálogo no sólo con Sarmiento, recientemente rescatado por la revista *Sur*⁵, para romper con la idea de un mal nacional salido de la idea de la necesidad de importar civilización a la europea, sino también con el movimiento contrario del discurso criollista, especialmente articulado como un hilo conductor en un siglo de literatura gauchesca, y más concretamente con sus representaciones más ideologizadas como *Don Segundo Sombra*.

³ Véase: Nora Pasternac, *Sur: una revista en la tormenta. Los años de formación 1931-1944*, Buenos Aires, Paradiso, 2002, p. 67.

⁴ *Esto es visto para el caso de Sarmiento por Leopoldo Bernucci*, «Um Continente Chamado América Latina», en *idem*, *A imitação dos sentidos*, S.Paulo, Edusp, 1995, p. 40.

⁵ Rosalie Sitman, *op. cit.*, pp. 101 y ss.

Si hacia 1900 la opinión más generalizada entre los intelectuales de los países del Plata consistía en que el ser nacional estaba en peligro por culpa de las masas de inmigrantes que la labor sarmientina había contribuido a importar, hacia la segunda y tercera década del siglo XX empieza a cundir en la región una preocupación por el modo de ser esencial del «hombre sudamericano» gracias a aportes de tan dudoso origen como los de las conferencias del Conde de Keyserling, luego publicadas en forma de libro como *Meditaciones sudamericanas*. No es un dato casual que la obra de Keyserling haya sido igualmente respondida en Brasil con un discurso que se cuestionaba sobre el ser brasileño, así especialmente desde la vanguardia de ese país con el «Manifiesto antropófago» de 1928 de Oswald de Andrade, en el que se lanza la contestación a todos los esencialismos de definición de cualquier ser nacional mediante la fórmula provocadora de «Antropofagia» y con el humor de una alternativa que se resumía en el slogan modernista que tomaba burlescamente la lengua indígena como centro de reflexión en ese «Tupi or not tupi». Lo que sucede en Brasil en los mismos años de la crisis financiera mundial va en contra también de los movimientos nacionalistas y de las supuestas definiciones que acotan la característica de lo nacional, pero el nacionalismo implica siempre el olvido de determinados aspectos de la cultura con el objeto de reforzar unas líneas en detrimento de otras, como sucedía en Rusia durante el siglo XIX en la lucha entre europeístas y eslavófilos. Por ello Benedict Anderson, al analizar lo que él denomina las comunidades imaginarias, retoma una idea de Renan, quien había dicho en pleno auge del nacionalismo que: «L'essence d'une nation est que tous les individus aient beaucoup de choses en commun et aussi que tous aient oublié bien des choses». («La esencia de una nación es que todos los individuos tengan muchas cosas en común y también que hayan olvidado muchas cosas»)⁶.

Por otro lado, tal vez la respuesta mejor articulada al problema de la identidad cultural de los países sudamericanos que se dan al filo de la crisis del año 30, sea el libro de Gilberto Freyre, *Casa grande e senzala*, del mismo año que el ensayo de Martínez Estrada. Por supuesto, todavía estamos lejos de la idea de que una identidad cultural no es un

⁶ Ernest Renan, *Qu'est-ce qu'une nation?*, edición castellana: ¿Qué es una nación?, Madrid, Alianza, 1988. Citado en el contexto brasileño por Michel Ríaudel en su artículo: «Tupi and not tupi. Une aporie de l'être national», en Mário de Andrade: *Macounaïma*, (versión francesa por J.Thiérot). Stock UNESCO, CNRS, ALLCA XX/Colección Archivos, París, 1996, p. 307, nota 1.

núcleo estable, sino un proceso continuo de construcción en el que el sujeto se va reposicionando frente a la necesidad de responder a los discursos sociales⁷. Lo interesante de la tarea etnológica de Freyre, con todo, es que este autor haya apostado tan claramente por centrar su interpretación de Brasil a partir del mestizaje de esa formación cultural, poniendo en la balanza por orden de llegada a los indios, los portugueses y los negros. Como nota Beatriz Sarlo a propósito de *Radiografía de la pampa*, Martínez Estrada hace también del mestizaje un rasgo básico, pero en sentido negativo, como obstáculo para la posibilidad misma de cultura, pues Europa no puede funcionar como modelo y donde lo que resulta de la imitación es sólo simulacro y máscara⁸.

Si Gilberto Freyre había utilizado como centro al negro, elevándolo por sobre el «indio» (ya ensalzado por la corriente regionalista), esta estrategia aparece sólo muy concentrada en la argumentación de Martínez Estrada cuando dice: «El Conquistador no amaba esta tierra y no veía su porvenir más que a través de la lujuria y la avaricia. Poblaba la tierra vacía, abandonada a sus propias normas, con arreglo a las leyes físicas y fisiológicas de la naturaleza» (p. 26)⁹. De este modo, mientras que Freyre escribe todo su tratado sobre la idea de la mezcla, Martínez Estrada repite constantemente la reflexión sobre la «tierra vacía», ignorando ideológicamente al indígena. No son la soledad o la desolación, como en Martínez Estrada¹⁰, los *Leitmotive* de Freyre, sino más bien la lubricidad y la concupiscencia¹¹.

Martínez Estrada retoma la idea de Ortega acerca de que Buenos Aires le parecía irradiar (estábamos en la época del alvearismo y de la segunda presidencia de Yrigoyen) la misma energía que le inspiraba Berlín, pero que el Río de la Plata, por otro lado, lo acuciaba por su aire de «factoría». La palabra tenía todo un tinte despreciativo que era difícil de tragar para muchos porteños¹². Martínez Estrada, por su parte,

⁷ Véase: Stuart Hall, «Introduction: Who Needs Identity?», en: Hall/Du Gay (Compiladores): *Questions of Cultural Identity*, Londres, Verso, 1996, pp. 1-17.

⁸ Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1983, pp. 222 y 226.

⁹ Las citas tomadas de la edición de Buenos Aires, Losada, 1976.

¹⁰ Cf. el excelente estudio de Miguel Alberto Guérin titulado «Inmigración, ideología y soledad en la génesis de *Radiografía de la pampa*», en E. Martínez Estrada: *Radiografía de la pampa*, ed. crítica a cargo de L. Pollmann, Colección Archivos 19, París, ALLCA XXe Siècle, 1991, pp. 385-407.

¹¹ La soledad va a ser retomada también por Octavio Paz en 1950 con su interpretación de la identidad mexicana bajo el significativo título de *El laberinto de la soledad*.

¹² José Ortega y Gasset: «La pampa...promesas», en *idem: Obras completas, II*, Madrid, Alianza, 1996, p. 631.

no niega la idea de «factoría», sino que la analiza, dándole la razón al visitante español, para profundizar en qué radica ese aire de aves de paso que tuvieron los que fundaron la futura metrópolis. La contestación a Ortega también tiene que ver con la frase orteguiana de «la pampa...promesas, promesas». Martínez Estrada da, por ello, su propia versión del paisaje pampeano y del tipo gaucho quitándolas de su pedestal, lo que significa responder no sólo a Ortega sino también a la larga línea de la literatura gauchesca de las dos orillas del Plata, que había tenido su mayor estilización en la reciente novela de Ricardo Güiraldes, *Don Segundo Sombra*, de 1926. Martínez Estrada desmonta, en efecto, varios mitos rioplatenses, al quitarle entidad a la realidad concreta y operar con el aspecto fantasmático que ella tiene en los individuos de una formación social. Lo que se acentúa aquí es la constitución de las ideas en las mentes de los individuos como realidades a las que tener muy en cuenta porque ellas dan el perfil verdadero de los entornos sociales, así como cuando Marx hablaba del fetichismo de la mercancía o el dinero. En este sentido, lo que encontramos ahora es un texto influido por las ideas sarmientinas pero matizadas gracias a otros enfoques como los que podría haber lanzado Mariátegui con *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), aunque más signado los esencialismos de las dicotomías nietzscheanas, de las que Martínez Estrada sólo sale con mucho esfuerzo¹³.

Por ello, puede decirse que su intento de escaparse de las tenazas sarmientinas ha dejado algunas marcas en la textura de la argumentación, como cuando Martínez Estrada escribe:

Nuestra barbarie ha estado, bajo ciertos aspectos, fomentada por los soñadores de grandezas, y muchos de nuestros más perjudiciales males se deben a que esa barbarie no fué reducida por persuasión a las formas civiles, sino suplantada de golpe y brutalmente por todo lo contrario; en que, simplemente, se le cambió de signo. (p. 42).

¹³ Susana Cella, por su parte, escribe sobre esta obra de Martínez Estrada: «Su enfoque resulta en fuertes determinismos, como la aceptación de que esta región de América jamás perteneció a la historia y que su geología y ubicación geográfica engendran fuerzas contrarias a toda labor civilizadora. Según el autor, la desmesura y el vacío del territorio se manifiestan como soledad y temor primitivo y están cifrados en las figuras del indígena y el colonizador español, en la tendencia de este último a perseguir sueños irrealizables en un afán de posesión sin límites. Las características físicas del lugar determinan la errancia, la idolatría por la inmensidad, la vergüenza de la pobreza y la imposibilidad del respeto, lo que da como resultado el modo de la organización política del país», en Susana Cella, *Diccionario de literatura latinoamericana*, Buenos Aires, El Ateneo, 1988, p. 177.

Sin embargo, estos binomios inexorables heredados de la tradición sobre el ensayo sobre la identidad cultural latinoamericana, contra los que Martínez Estrada debe confrontarse, se ven radicalmente modificados, cuando el autor echa mano a otro tipo de enfoque que se entronca, más bien, con la línea no solo spengleriano-orteguiana, sino también marxista de búsqueda de análisis de las causales económicas que están en la base de las relaciones de producción de la Argentina (y de Uruguay). En ese sentido, parece todavía convincente el modo en que Martínez Estrada se refiere al ganado mostrenco como la base de la situación posterior, pues las guerras civiles del siglo XIX no habrían tenido otro más claro objeto que la posesión legal de ese ganado (p. 43). E insistiendo en ello, dice:

El ganado en pie, que constituyó la base de nuestras grandes fortunas, fue el tendón de las guerras civiles, el esqueleto de la Nación y la piedra de escándalo de los gobiernos. Debajo y dentro de su cuero se vivió. (p. 134)

Como Ajax del lomo de buey, instituciones, sociedades, centros, clubs, extraen la fuerza de la pampa, del vacío y de la desconfianza del hervíboro. (p. 135)

Concluyendo, podemos recordar que tal vez lo que pedían tanto Martínez Estrada como Gilberto Freyre en *Argentina y Brasil en 1933* era que el Estado tomara partido y comprendiera que las interpretaciones que esos publicistas daban de la identidad nacional implicaba criticar la falta de coherencia consciente de la «argentinidad» o «brasilidade», pues las políticas respectivas carecían de fuste en tanto no hacían coincidir plenamente cultura y poder, pues como nos aclara Ernst Gellner: «Una cultura avanzada impregna toda la sociedad, la determina y necesita el apoyo de una política. Ese es el secreto del nacionalismo»¹⁴. En este sentido sería interesante parangonar lo que dice Ernst Gellner a propósito de Max Weber (quien tanto influyó en la sociología de la primera mitad del siglo XIX y, por ende, en Martínez Estrada). Max Weber no resultaría tan convincente en sus hipótesis acerca de la ética del capitalismo, en tanto ellas pecan por demasiado especulativas, pero sí en su construcción de los rasgos distintivos generales del nuevo orden social¹⁵. Martínez Estrada, por su parte, comete algunos de los errores de Weber, en primera instancia, estaría la raíz

¹⁴ Gellner, Ernst: *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza, (1983) 1988, p. 33.

¹⁵ Gellner, op. cit., p. 36.

puramente especulativa de algunas de sus argumentaciones, que se hacen evidentes, cuando escribiendo en la bisagra mundial que significó la crisis del 30, no puede discernir el anacronismo del espíritu de la pampa que él pone en escena. En efecto, el nuevo orden social anunciaba la inmediata derrota de ese espíritu frente al nuevo espíritu del industrialismo. Quizás, por ello, haya más verdad en los personajes de la secta del Astrólogo de Arlt, quien despreciaba la idea de un país basado en lo gauchesco, que en el profeta pampeano que se yergue en *Radiografía de la pampa*. La ironía es que la Argentina está en 1933 en una encrucijada social irreversible, pues esta formación social viene taladrando las propias bases de su conformación como sociedad agraria, a partir de la educación intensiva y la introducción de un amplio estrato artesanal importado con las oleadas masivas de inmigrantes. Sin embargo, Martínez Estrada no puede o no quiere ver el cambio profundo sobre el que está encabalgado. El sentido profundo de su obra es el país que se hace conciencia en ella, según afirmó Rodolfo Kusch, citando a Luis Franco¹⁶. Pero, como apunta también Beatriz Sarlo en la misma línea de la lectura que de él hicieron los contornistas, Martínez Estrada procede en un diseño circular obsesivo, mientras «realiza el gesto de diagnóstico que, en el fondo, incluye el deseo de un cambio postulado posible»¹⁷.

¹⁶ Kusch, Rodolfo: «Lo superficial y lo profundo en Martínez Estrada», en *Contorno*, (Número especial dedicado a Martínez Estrada), diciembre 1954, 4, p. 7.

¹⁷ Beatriz Sarlo, *op.cit.*, pp. 227-228.



...de la vida cotidiana, de los pequeños detalles que nos rodean y que a menudo pasamos desapercibidos. Sorín nos muestra un mundo donde la vida se desarrolla en un espacio amplio y desolado, donde la soledad y la distancia se convierten en protagonistas. La imagen es simple y directa, pero cargada de significado. El uso del blanco y negro refuerza la atmósfera melancólica y contemplativa de la obra. Este tipo de imágenes es característico del cine de Sorín, que busca capturar la esencia de la vida en sus momentos más sencillos y cotidianos.



Carlos Sorín: *Historias mínimas* (2002)